

LAUTARO YANKAS

OCCIDENTE Y ORIENTE: HACIA UNA FILOSOFÍA DE LA VIDA

ESTAS REFLEXIONES están destinadas a bucear en ciertas zonas del espíritu europeo de nuestro tiempo, para establecer una relación sensible entre el hombre de Occidente y el tipo de filosofía que ha podido sugerirle su actual posición frente al hecho cotidiano o a la tensa realidad del vasto mundo presentida por su agudizada conciencia. Lo hacemos con el propósito de ensayar una confrontación entre dos formas de cultura y dos tipos de civilización que en esta hora crítica del átomo revelado vuelven, tras una alternativa de siglos, a observarse recelosas desde sus cimas.

Si recordamos que las doctrinas materialistas difundidas por Demócrito, Aristipo y Epicuro conquistaron amplias zonas de la sensitiva y razonadora Grecia en circunstancias que la intuición del átomo como principio de vida quedaba establecida en la más incitante de las filosofías, ¿cómo habría de extrañarnos el advenimiento de nuevas formas del hedonismo después de la claudicación de gran parte de Occidente ante el positivismo científico y experimental? Me refiero en este punto y definitivamente a las proliferadas manifestaciones de cierto determinismo naturalista de moda en ciertos países europeos y que algunos han dado en denominar existencialismo o conciencia no inhibida del destino humano.

Se apunta hacia el siglo xvii, con Descartes, para fijar el impulso de ascensión de una filosofía que desdeñando los tradicional sistemas de explicación del Universo, inspirados en una Providencia suprema y en una jerarquía del hombre creado por ella, imponía una definición del mundo por vías racionales y científicas con miras a la verdad absoluta. Al perfeccionar y elevar el proceso matemático, Descartes (1596-1650) quiso someter la búsqueda científica al sistema del cálculo, incorporarla en un cuerpo de filosofía universal, demostrar *a priori* la verdad de Dios y, con ayuda de hi-

pótesis de gestación matemática, explicar el Universo. Bacon ya había preparado el campo para tal impacto con sus principios de investigación científica integral, proponiendo métodos de observación, comprobación y formulación de ideas. Con ello, la búsqueda filosófica se encauza por un sendero que habría de llevarla a su actual posición a través de los aportes de nuevos sistemas, en que los principios de la lógica, por una parte, y los hallazgos del subjetivismo intuitivo, unidos a los insólitos progresos de las ciencias naturales, han permitido al pensamiento una actitud y una jerarquía promisorias.

Naturalmente, como debe corresponder a una tarea de la inteligencia, apenas los sistemas basados en las hipótesis matemáticas fueron revisados, la inicial ambición por una verdad absoluta dio paso a la posición de examen intrascendente, utilizando métodos y principios que han proyectado el pensamiento por abiertos espacios y logrado reiteradas conquistas en el complejo del ser y del medio viviente, convirtiendo la soberbia y presuntuosa filosofía teoremática en una ciencia y arte de la inteligencia.

A medida que la filosofía se desliza sobre las zonas cada vez más dinámicas, más sensibles, más excitantes de las ciencias naturales, aparece menos difusa, menos incierta, despojada de gran parte de la nebulosa metafísica que caracterizó algunos de sus sistemas indagatorios. Se hace objetiva y alcanzable y en ello tiene mucha parte el impresionante ritmo de la búsqueda científica y de sus relevaciones. La filosofía de Comte (1798-1857), apoyada certeramente en los triunfos de la ciencia experimental, coloca el pensamiento en el plano mental del hombre medio de nuestro tiempo, genera en su conciencia un principio y un móvil de examen y verificación de los hechos y fenómenos externos que le atañen, y por consecuencia, de la propia individualidad. El avance asombroso, abismante, de las ciencias aplicadas, por otra parte, coloca al ente de nuestro siglo frente a su destino y al mundo, poseído por la angustia del interrogante, del suceder, mejor identificado con el marasmo y la muerte que con la paz y la felicidad.

Pero no toda la humanidad de Occidente ha sido ganada por la verdad científica y por las ideas positivistas derivadas de la experimentación. Si gran parte se ha volcado ante la debelación de los grandes enigmas del Universo (Darwin, Laplace, Newton, Einstein), existen, no obstante, diversos grupos humanos, que alentados en cierto grado por los vacíos e imperfecciones de la filosofía experimental, así como por la frialdad y jactanciosa soberbia de la ciencia, defienden su posición afincada en los principios de una doctrina que alejándose del naturalismo avasallador, construye y alza sus ideas desde el

universo construido por la voluntad de creer, por la vocación y el sentimiento. El pragmatismo, rechazando la imposición de lo indiscutible y absoluto, sugiere un sistema de ideas acomodadas al carácter y la mente, de creencias explicables para la propia conciencia y destinadas, en principio, a conciliar el espíritu con el mundo circundante. El pragmatismo permite una relación de ideas de valor práctico para el tránsito del ser por la vida y podría ser definido como un credo "funcional" y un regulador de la vida social. Esta doctrina, flexible y rica en calor mental, emerge frente a la angustia de los que aplastados por la verdad científica que niega el amparo de un Dios providente, experimentan la orfandad de su destino, el ciego temor de la muerte, el vacío, la carencia de una finalidad superior, la obsesión de la inutilidad de la existencia. El pragmatismo, que sabe apuntar su criticismo sobre el campo científico, muestra, asimismo, en sus métodos, ciertas zonas brumosas que lo perfilan más bien como una filosofía saludable e intrascendente, si se quiere, o como un "arte de vivir". El principio de la "voluntad de creer" ha sido inteligentemente aprovechado por los maestros de la tradición católica, como Brunetière y por conductores políticos como Maurice Barrés. En Norteamérica, la filosofía de W. James subraya la conveniencia de una tolerancia universal y de la libertad para aceptar la religión que a cada uno le acomode y le reconforte. Tal diversidad de puntos de vista, estimulada en nuestro tiempo por las luchas sociales, contraría el principio mismo de los grandes sistemas en pugna y aparece negada a la necesidad, expresada por Comte, de un cuerpo de creencias que unifiquen el espíritu de la humanidad. John Dewey, partidario del naturalismo, rechaza la compleja elucubración metafísica y separa las ideas religiosas del campo de la filosofía. "La primera característica que distingue al pensamiento es la de enfrentarse con los hechos: indagación, minucioso y extenso escudriñamiento, observación". Propone una filosofía del *progreso* en reemplazo de una doctrina divinizada para hacer el bien, y con ello altera y revoluciona los conceptos de "bueno" y "malo", aplicados al individuo frente a la vida. No se trata de concebir el mundo, sino de aceptar y excitar la evolución activa del hombre. El desarrollo de la ciencia sugiere e impone su aplicación saludable en la vida y perfecciona, asimismo, los propios métodos de la filosofía para su afanosa y desvelada búsqueda de la verdad transitoria, de una sabiduría generadora del bien y de aquellas ideas que permitan dominar el medio, movidas por la naturaleza dinámica del ser. J. Dewey propugna una organización democrática pluralista y autónoma distante de la tuición estatal, definida por las especialidades profesionales y provista de un significado internacional, ajeno

a la política. Anticipo, quizás, de una convivencia universal posible, iluminada por las conquistas de la ciencia y del espíritu. "La tarea de la filosofía futura ha de consistir en aclarar las ideas de los hombres para las luchas sociales y morales de su propia época."

Como puede advertirse, dentro de las décadas del presente siglo, el pensamiento filosófico abandona, poco a poco, la especulación subyacente y penetra en el bullir de la vida multitudinaria, cuya tensión se torna más y más amenazante. La Guerra del 14 calcina los últimos restos de la tradición política, social y religiosa, y acto seguido, se levanta la voz del materialismo histórico y la lucha de clases, concretados en la instauración del socialismo en la Rusia de los Zares. Paralelamente, surge un nacionalismo expansivo en Alemania, inspirado y explicado en ciertas zonas de la filosofía germánica. La Segunda Guerra Mundial, altera de nuevo el mapa social de Europa y polariza dos concepciones de vida humana que desde el término del conflicto bélico sostienen una pugna inconciliable: la filosofía marxista, y el pragmatismo progresista, vigorosamente alentado por otras tendencias espiritualmente disciplinadas.



Llevamos hacia el Lejano Oriente esta dualidad estremecida de Europa: un continente que se enfrenta a su destino, en parte movido por una voluntad de creer y de subsistir, y, en parte, por una doctrina que absorbe las facultades del hombre en torno a una realidad simple, rotunda y comprensible. La vida biológica se confunde con esta doctrina, la realidad de los hechos la explica y de ese modo alimenta la razón y la imaginación, las ilumina hasta el ensueño, si ello es posible. Un mundo generado desde la célula a través de tantos años y que habrá de establecer el equilibrio biológico y la sedimentación de la conciencia, destruyendo la combatibilidad de la sangre y la chispa del pensamiento recóndito. Comprendemos que aunque se defiende desde un ángulo político el conceptismo de lo absoluto, la verdad en este caso no es sino el contacto fugaz con el hecho logrado, y el fenómeno de la evolución, que aquí se denomina superación, deja en pie ciertos principios duros, indispensables para el impulso constructivo. El principio del Estado totalitario, es, asimismo, objetivo, reiteradamente objetivo y su manejo en las relaciones internas está conectado, y es efectivo o no, con el proceso económico y el juego de las ideas prodigadas por la cultura y la educa-

ción. El proceso social de las naciones colectivistas parece estar supeditado a estos factores y al acervo de inteligencia y de sensibilidad aportados por la historia, que para algunos pueblos viene a ser un tesoro equivalente a la herencia biológica. Todo lo cual señala una definición distinta para cada nación del mundo colectivista.

Llevamos hacia el Oriente, con la visión disecada de Europa, consciente y subconsciente, nuestras facultades apuntadas y el anhelo de intuir y verificar aquello que escape a la observación externa. ¿Qué evidencias podrá entregarnos China, fabuloso país, con diez millones de kilómetros cuadrados de superficie y sobre seiscientos cincuenta millones de habitantes, convertido, no hace mucho, en república popular socializada? Su estructura política es de todos conocida: Poder Ejecutivo y Asamblea Legislativa. Por encima de todo, la fuerza medular de un partido político depurado y vigilante. Importa a nuestro estudio extraer de la realidad china, si ello fuese posible, una filosofía del espíritu o una filosofía de la vida, o ambas esencias, si existiesen.



Nuestro contacto con el pueblo chino, sostenido a lo largo de días y noches, a través de conversaciones que siempre nos parecieron breves y encendidas por las imágenes y la súbita revelación, da a nuestra mente la vivencia de un tipo humano distinto de lo conocido en Europa y por ello inconfundible: reflexivo, sutil, imaginativo, poseedor de extraordinaria lucidez mental; sereno, bondadoso, nobilísimo. Inteligencia, bondad. Estos valores espirituales se me ofrecían como hechos determinantes para una expresión de la nacionalidad china. Era, pues, necesario remontarse a las fuentes de la historia de este pueblo, si deseábamos obtener las premisas a los atisbos de esta naturaleza racial, viviente como el océano bajo la brisa generosa.

Miles de años antes que se conociesen los cinco libros sagrados, *Shu-king* o Libro de Documentos Históricos, *Shib-king* o Libro de Poemas Antiguos, *Yi-king* o Libro de las Mutaciones, *Li-ki* o Libro de Ritos y Ceremonias Antiguas, y *Ch'un Ch'iu* o Primavera y Otoño, que más tarde fueron escarmentados y publicados por Confucio (Kung-Fu-Tseu, 551-478 a. d. J. C.), ya eran difundidos y comentados muchos de los pensamientos, poemas, sucesos y leyendas contenidos en aquellos libros. Ellos reflejan el profundo animismo del pueblo y la lucidez de su concepción universal. El poder supremo es el Cielo, cuyo espíritu domina sobre la Tierra y los espíritus inferiores, mon-

tañas, ríos, llanuras. Se revela así un principio monoteísta y una vinculación entre la *tierra* como naturaleza y el *hombre*, quien debe abstenerse de irritar a los elementos con malas acciones. Los antepasados se identifican con el espíritu de la tierra y están siempre cerca de los vivos, razón que ha motivado su culto permanente. El emperador era el gran sacerdote del Cielo y sólo él le ofrecía sacrificios. Confucio, al depurar y ordenar los poemas y proverbios de los libros señalados, dio al pueblo un guía para el sentimiento y el juicio y a ello agregó sus propias enseñanzas orientadas a crear una moral y una conducta general en la vida. El pensamiento de Confucio fue recogido y explicado en los Cuatro Libros Clásicos, titulados *El Ta-Hio* o El Gran Estudio, *Chung-Yung* o la Invariabilidad en el Medio, *El Lun-Yu* o los Coloquios Filosóficos, con su segunda parte titulada *Hia-Lun*, y *Meng-Tse* (Mencio), con su segunda parte denominada *Hia-Meng*. Con el tiempo, estos cuatro libros se convierten en las fuentes vivas del espíritu del pueblo y de sus gobernantes. La concepción del mundo decantada en la sentencia del maestro ilumina la integración del Cielo y del Hombre en la vivencia constante de la Tierra, y exalta la conducta moral y la razón como valores decisivos para la armonía y el equilibrio del mundo. Se parte, pues, de un todo en que el hombre no es un autómatas o un predestinado, sino un elemento responsable. Para cumplir con tal principio de integración existe el imperativo de la moral humana destinada a secundar las corrientes naturales del Universo. La naturaleza no se define en simples impulsos "físico-mecánicos". El Cielo entrega al hombre sus manifestaciones visibles y éste recibe en su conciencia las luces para que proceda en la tierra y se mueva dentro de la suprema armonía. Los fenómenos naturales dirigen las acciones humanas. "El hombre no puede ser separado de la naturaleza". El Maestro invoca las sentencias de los viejos libros que dicen: "La ley del Cielo es lo perfecto; la ley del hombre es la perfección". No cabe confundir esto con los principios de la Providencia divina, del Más Allá y del perdón que permite pecar cuantas veces sea. Alcanzar la *virtud* y prodigarse en el *estudio*, deben constituir la preocupación superior del hombre para colocarse en armonía con el Universo. "Desde el Hijo del Cielo (el emperador), hasta la masa del pueblo, todos deben considerar el cultivo de la persona como la raíz de todas las demás cosas." "Ser aficionado al saber es estar cerca del *conocimiento*. Practicar con vigor es estar cerca de la *magnanimidad*. Poseer el sentimiento de la vergüenza es estar cerca de la *energía*." "El que conoce estas tres cosas conoce cómo cultivar su carácter. Sabiendo cómo cultivar su carácter sabe cómo gobernar a los demás hombres. Sabiendo cómo gobernar a los demás hombres

sabe cómo gobernar al reino con todos sus Estados y familias." "Lo que busca el hombre superior lo busca en sí mismo. Lo que busca el hombre inferior lo busca en los otros." "Tener defectos y no reformarlos, eso es verdaderamente tener defectos."

Confucio explica tales verdades entre sus discípulos y las ofrece a príncipes y gobernantes. Para él no hay duda de que el fin supremo del Estado es el bienestar del pueblo; entre Estado y pueblo debe haber comprensión y justicia. Los vicios y errores del emperador y de los príncipes, los privan de su derecho para dirigir al pueblo. El país debe alcanzar la grandeza con su unidad política y la tranquilidad del pueblo. Las leyes *deben educar, orientar; no deben castigar*, puesto que el hombre es bueno y comprensivo por naturaleza. Para su pueblo, no quiere *lo extraordinario* en gobernantes o empresas, pues tras ello sobrevienen el desorden, la violencia y los males, como lo muestra la historia del país. Prefiere un cuerpo social, sano y estable. He ahí su doctrina de la "Invariabilidad del Medio": "El hombre prudente que se ha identificado con la ley moral siguiendo constantemente el término medio, igualmente alejado de los extremos, obra según los deberes de ese estado, sin desear nada que le sea extraño." Seguro en sus principios, extraídos de la vieja sabiduría china y de la vida de su pueblo, no tuvo temor en condenar a los gobernantes y a las familias nobles por sus vicios y su soberbia y en exigir que se respetase el anhelo superior y limpio del pueblo. Sus ideas claras y objetivas favorecieron una estructura del gobierno democrático con sus dos pilares altos y puros: el Cielo, signo incorpóreo y dominante, y el Emperador como arquetipo moral y severo. "De aquí que el soberano no pueda descuidar el cultivo de su carácter." "El hombre superior en el mundo no pone su inteligencia en favor ni en contra de nada sino que se atiene a lo justo." "Cuando se mezclan, igualmente, las realizaciones y las cualidades sólidas, tenemos al hombre virtuoso."

El taoísmo y el budismo, doctrinas que arraigaron en China al azar del tiempo, no hicieron sino enriquecer y profundizar los principios divulgados por Confucio. El taoísmo, concepto derivado de *Tao-te*, nombre del libro escrito por Laot-seu y que vale como un guía de la virtud, propone una moral rígida y coloca la meditación por encima de la sabiduría. Esta doctrina, influida de budismo, adolece de oscuridad en su texto y se ha desvirtuado con prácticas de magia y supersticiones. El budismo, que se internó en China en el siglo VI, sirvió al espíritu chino en cuanto convenía a sus creencias ya canalizadas por los viejos maestros. La afirmación budista de que el sufrimiento del hombre proviene de las pasiones y que la forma de elevarse sobre

ellas está en el sacrificio del ser, tiene en China muchos adeptos, pero el racionalismo que caracteriza al pueblo, ha tomado del contenido y los ritos aquello que no violenta el equilibrio de su espíritu. La tolerancia, que parece ser una de las más altas virtudes del pueblo chino, vendría a significar para su aguda percepción una forma de sacrificio. Los chinos la habían conseguido a su tiempo. Si se ha dicho de ellos que son reacios a los grandes cambios, a ciertas dinámicas iniciativas, se puede responder con algunas sentencias de su filosofía, ya estampadas en este examen, y con la perspectiva de su proceso histórico. Ellos tuvieron como guías a hombres de espíritu genial y de corazón sereno en lugar de profetas y de dioses ebrios de ira y de castigo. La inteligencia, la razón fecundada por las imágenes y por los espíritus de la tierra, crean la luminosa red proyectada desde la más remota historia hasta el presente y el futuro ineludible. En 1912 se inicia la crisis social de China y en 1949 se precipita en la vida colectivista, sensibilizando con esa red de vivencias morales y objetivas todos los espacios y repliegues de su fabuloso territorio, en parte virgen. Existe, pues, hoy en China, un pueblo integrado en su anatomía geográfica, por el fluido generoso que en otros tiempos se estancaba y se corrompía. El espíritu de hombres y mujeres no ha cambiado ni descendido, aunque el viento nuevo haya barrido y deshecho algunas costras de piel vieja y ciertas excrescencias del alma que ellos se resistían a extirpar. Mucho de esa "gran armonía" que los sabios maestros explicaron se ha logrado con la igualación de los sexos, el derecho sagrado del hombre y la mujer a su trabajo dignificador y a su holgorio; con la visión de una tierra que hoy se ha fundido con el hombre en un solo espíritu, con la desaparición de los demonios de los ríos que traían la inundación y luego la sequía. Sus ropas se han hecho más frescas y cómodas en el terrible estío y más calientes en el invierno casi polar, las espaldas van más erguidas, olvidadas del látigo feudal. Puede que el andar sea más rápido, pues los turnos en las fábricas, en las minas, en los embalses salvadores, no deben ser contrariados. Sus rostros secos y bronceados pasan serios o plácidos, jamás adustos. Ciertamente, no podrá existir ya en ellos ninguna sorda conmoción espiritual; la vida ha dado nuevos frutos a su sabiduría, diarias revelaciones que habrían calcinado y anulado el cerebro y la voluntad de otros pueblos. Mujeres y hombres, con su andar seguro en las grandes ciudades y en las aldeas, en la campaña que madura ya la tercera cosecha del año, expresan en sus ojos y en la sonrisa casual, un estado de conciencia: el suyo es el mejor camino hacia la vida que viene a requerirlos en cada momento, y el más limpio para llegar a la muerte; porque ellos traen con

su historia y con la generosidad de su tierra, con la palabra de Confucio y los viejos maestros, las espaldas tostadas y sublimadas por el sol fecundo y bueno y la sangre arremansada por los buenos deseos. Cuando escuchamos este dulce latir, este respirar de hormigas junto a los embalses gigantescos, dentro de las fábricas colosales, en las ciudades nuevas que brotan por doquier en pocas semanas, también nuestro pensamiento camina con ritmo seguro más allá de toda filosofía, denomínese esta "creencia razonada", "pragmatismo progresista" o "iluminismo constructivo".

Pekin, 1959.